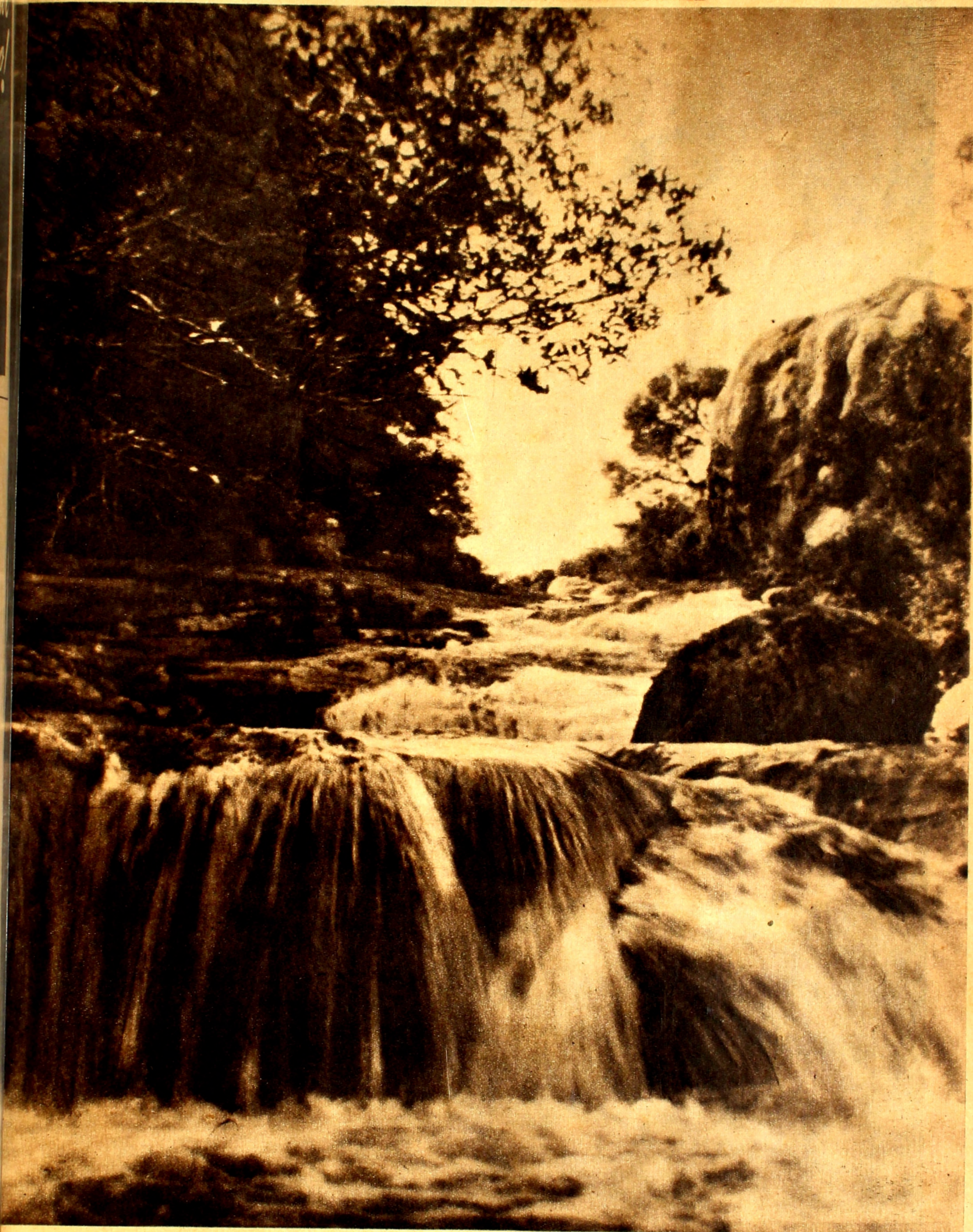
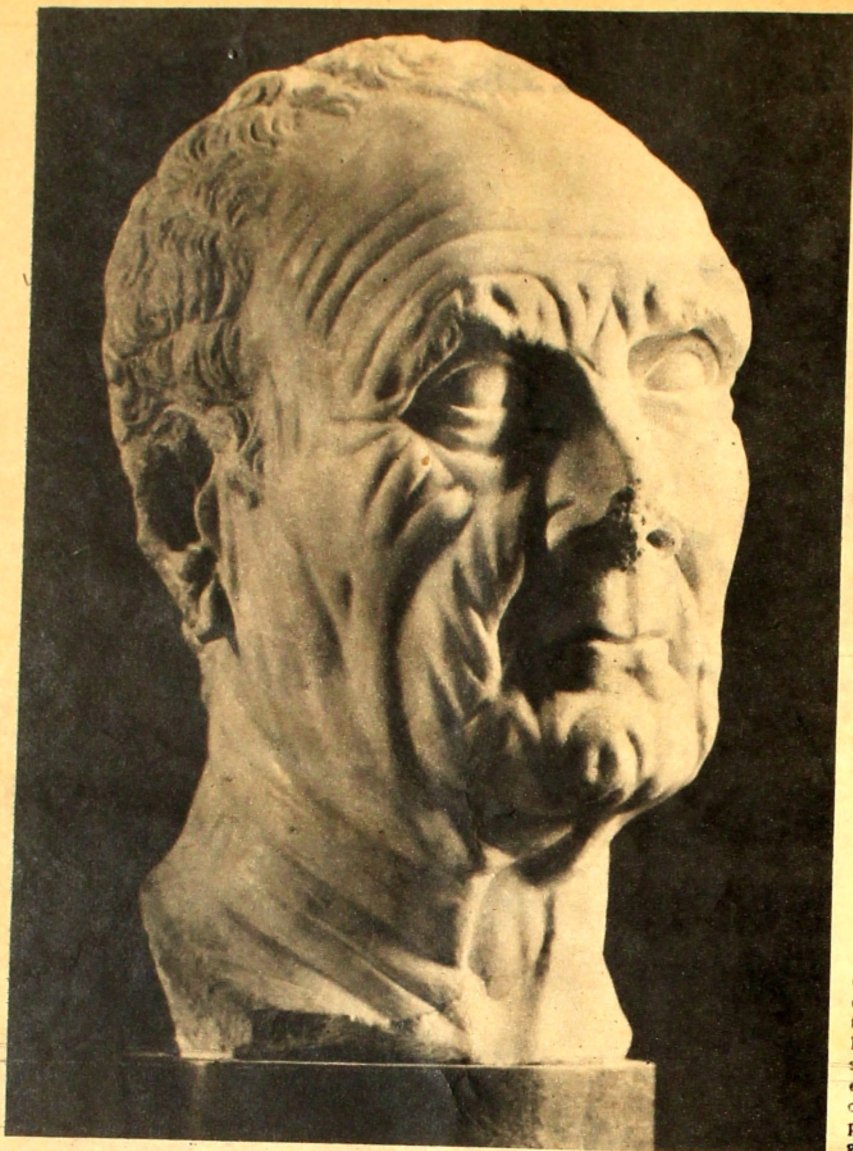
AÑO XVIII. — Nº 843. EL DIA MONTEVIDEO, MARZO 13 DE 1949.



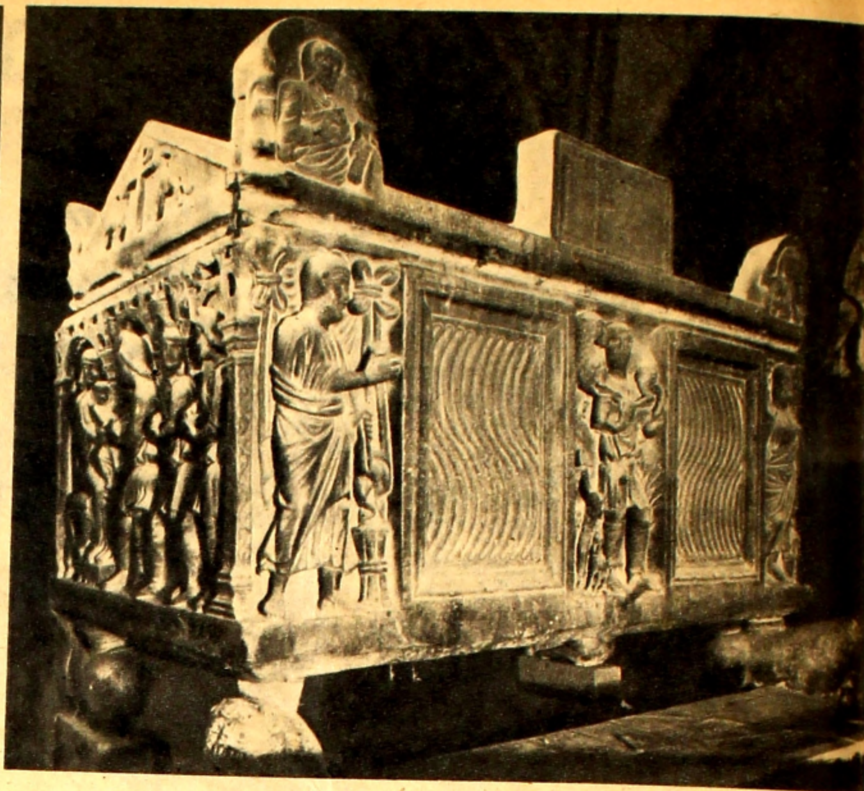
CASCADA DEL YERBAL.

Arroyo afluente del Gutiérrez, en el Departamento de Lavalleja, entre las sierras minuanas, que va a desembocar al Cebollatí.

(Fotografía Domingo Madeiro).



Cabeza romana, del fin de la República o del principio del imperio.



Un sarcófago antiguo.

TIERRA Y HOMBRES MARQUESIANOS

SIN estar completamente privado de lomas y de ondulaciones, pero sin aquellos bruscos desnivelamientos del terreno que dan una expresión tan característica a otras regiones (recuérdese solamente el Abruzzo), el país marquesiano posee un colorido y una forma frecuentemente uniforme, siempre luminosa. Tal vez para quien contemple con atención esta campiña, que se extiende por la llanura hasta perderse de vista, descubra hasta qué punto alguna colina no entorpece el valle, armonizando con gracia en el paisaje fascinante. Y están, además, los poblados, que no son pocos, particularmente donde la región empieza a escarparse y a elevarse en casi montañas, por las que trepan, agrupadas en las partes más luminosas, pequeñas o grandes poblaciones, ciudades, o apenas aldeas, advirtiéndose en seguida cuánta voluntad tesonera ha sido ejercitada para poder adaptarse al terreno, pareciendo surgidas naturalmente, sin desentonar de la arquitectura de la naturaleza, antes por el contrario, pareciendo completarla. Esta simetría se advierte en seguida que no es casual, sino que los hombres de la región se han torturado para encontrarla; incluso deben haber luchado para obtenerla, aun sin saberlo, o por lo menos sin plena conciencia de que luchaban. Pero está en el orden psicológico de esta raza tender hacia la armonía y la claridad: toda su historia, desde los actos primordiales hasta ahora, revela una intención de salud espiritual, y de ética; y si no faltan los momentos turbadores, son como el fermento que ayuda a madurar los gérmenes todavía inexpresados. No es en suma una gente que se haya sentido desde el primer momento acomodada a gusto: allá, muy lejos, lejísimos, está el mar; luego la montaña, y en medio, entre una sucesión de colinas, el valle; pero todos esos elementos no estaban coordinados, existiendo cada uno de ellos por sí mismos, e independientes de los demás. Sin embargo, algo existía, quien sabe dónde, pero existía, que podía y debía eliminar discordancias; tal vez fuera algo exterior, el aire o el cielo, siempre límpido, y el mismo para todos; pero tal vez fuera algo íntimo, fisiológico, o psicológico, o tal vez moral. Misterios de la vida humana y de los factores imponderables de los cuales surge el grupo étnico, la sociedad. Lo cierto es que esta región posee hoy un carácter reconocible a la distancia, la cual apenas se le penetra se hace en seguida familiar; y ninguna sombra, ninguna sorpresa, ninguna desentonación; aquello que veis ahora será lo mismo que contemplaréis después. No serán sensaciones memorables, extraordinarias, pero tampoco decepcionantes, no corriéndose el riesgo de entender al revés, o de no entender nada.

Raza clara, sencilla, límpida, homogénea. No hay por lo tanto que maravillarse de que aquí hayan nacido y se hayan manifestado algunos hombres geniales, y no pocos ingenios, espiritualmente bien armados y combativos. Se engañaría quien, queriendo conocer la Marcha se satisficiera solamente con el conocimiento de estos hombres singulares, bien que ellos representen, sin duda, a la región que los ha producido. Pero necesario se hace tener también en cuenta, y no poco, a la muchedumbre; porque la masa aquí no se esconde entre los pliegues del terreno, bruta e inconsciente, sino que se manifiesta con mil modos. Cautelosa, cuidadosa, púdica, pero su trabajo, sus costumbres, sus artesanías, no son estúpidas ni baladíes. ¡Y qué compostura, qué armonía, cuánta urbanidad, aun estando en el campo, y en el más escondido rincón del valle! Gente de poca gesticulación y parca palabra, nada propensa a la confidencia y a la confianza, y sin embargo dispuesta a la contemplación y a la poesía, hasta en los momentos menos felices y más duros; es decir, no sólo en las raras fiestas, sino durante el vivir cotidiano y el trabajo. Pocas campiñas responden como la marquesiana a un ritmo y a un orden tan feliz. Campos que no son muy extensos, cruzados de caminos y senderos, no debe resultarle difícil a cada familia formarse a su própio temperamento y medida. Pero el milagro está en eso, que visto desde lejos y desde lo alto, campo y más campo hasta perderse



Mercado en un lugar marquesiano.



La Fortuna, obra de Guido Reni.

de vista, la armonía no es parcial sino total, como si se hubiera realizado por una sola mente creadora y dirigente. Equilibrio, sentido de la proporción, y como obtenido sin esfuerzo. Cualquiera sea el motivo que lleva a esta gente a expresarse o a actuar, automáticamente se ajusta y organiza sin que de parte alguna se advierta desorden ni intemperancia: una línea, un estilo, hallado por instinto, y que por instinto se conserva.

◆

Surgidos de este pueblo es por consiguiente natural que los genios, o si se quiere los ingenios que esa muchedumbre ha hecho florecer a través de los siglos, cualquiera haya sido su intensidad o potencia, contemplativos o combativos, se hayan impuesto en seguida, apenas puestos en contacto con el mundo, interpretándolo o conquistándolo con caracteres claros y definidos; que es tanto como decir con conocimiento de sus propias fuerzas y sus propios límites. Ni el exceso ni la exageración es de ellos: si pecan por algo estos hombres, es siempre por modestia y pudicia; y les mortifica el exceso hasta cuando, sintiéndose seguros de sí mismos y con fuerzas para poder hacerlo, pudieran hacerlo. Pueden equivocarse, es humano y es posible, sobre todo cuando encuentran resistencia y es necesario abrirse camino no solamente con las palabras, sino con los puños también; pero esas equivocaciones tienen siempre una razón, y hasta en ellas hay mesura. Gente que no se chancea nunca, gente que, una vez puesta a una empresa, se le entrega enteramente, y no será tan fácil hacerla desistir. Muchas veces el éxito le sale al encuentro: obtiene fortuna, la sonrisa del mundo no se le niega; pero no abusa de ella: un Spontini, un Rossini, triunfadores bastante pronto, sólo de viejos pierden, y no mucho, el tono de la raza y se dejan, relativamente, llevar en la onda larga de una gloria universal. Pero están también los desafortunados: Leopardi, Pergolesi, que encuentran a cada paso un obstáculo, y cada encuentro es una dificultad. ¡Pero qué capacidad de resistencia, qué potencia de luchadores! ¿Y qué decir de los no artistas, de los puramente dinámicos, de aquellos marquesianos invitados solamente al ejercicio de la vida? Guerreros como Braccolino de Osimo, papas como Sixto V, misioneros como Mateo Ricci, para los cuales el vivir fué solamente un batallar. Los veréis atentos a su tarea, poner orden a su alrededor, y darle claridad a lo que carecía de ella. La tarea es de tal modo ardua y alta que ni atienden las propias dudas, ni desdeñan aquello que la realidad levanta en su contra de cualquier manera. Han ido a la lucha con una idea, y cueste lo que cueste no la traicionan.

◆

A primera vista el paisaje marquesiano se aparece frío, opaco; y cuando se ha contemplado una parte, se supone haberlo visto todo, que cada sitio se parece al otro, cada cuadrado de terreno es igual al que hemos dejado atrás; la misma arquitectura de las colinas, no cambia por un trecho largo, no se transforma. Pero esto es apenas la apariencia, y es necesario que, cuando se quiere conocer un país y una gente nueva, se vaya más allá de la primera sensación: contemplar el cuadro menos en su apariencia que en su esencia. Porque los paisajes son frecuentemente como los hombres, que mirándolos superficialmente se les juzga sin más ni interesantes ni profundos; pero si se manifiesta, si encuentran alguna razón para expresarse, nueve veces sobre diez debe reconocerse que el menos significativo dista de ser vulgar, y con frecuencia excelente. En efecto, esta región no atrae, no conquista, como se ha dicho antes, a la primera ojeada; y tampoco quienes la habitan, campesinos lentos y pacientes, campesinos silenciosos, parcos, discretos. Demasiada compostura, demasiada reserva; son esquivos, son modestos. La impresión es francamente banal. Pero la fantasía no es atributo de los pueblos y de las razas numerosas; el genio no es nunca una característica de los hombres que fácilmente se manifiestan, valores y alegría, temores y esperanzas. La fantasía y el genio están casi siempre allí donde se encuentra la circunspección y la sobriedad: emulación y retraimiento, frecuentemente pudor. Paisaje, aire, hombres que parecen monótonos y tristes, tal vez demasiado, y en cambio, superada esta primera sensación, debe reconocerse lo que menos se sospechaba: que esta región es más rica de vida interior, que es tanto como decir de substancia, de inteligencia y de civilidad, que muchísimas otras; y tal vez la única que posee un carácter decisivamente propio, inconfundible.

Mario PUCCINI.

(Especial para EL DIA. — Senigallia, marzo de 1949. — Traducción de E. A.).



Plaza y palacio Arrengo, en Ascoli Piceno.



Urbino (Marcha). Arquitectura del siglo XIV.



La ciudad marquesiana y su campo circundante. (Tolentino).

EN EL PASO DE QUINTEROS NO HUBO EJECUCIONES

UN colega y amigo de particular estima, el doctor Huáscar Parallade, haciendo un paréntesis a sus tareas funcionales de la Jefatura de Durazno, ha querido favorecerme con una carta en que alude a un punto de historia nacional, tratado por mí en reciente artículo.

Comparto el parecer del doctor Parallada, acerca del error histórico que encierran las palabras Mártires, Sacrificados, etc. de Quinteros.

Y sin pensar un momento que la cosa tenga remedio, he creído oportuno valerme de las páginas del Suplemento, para expresar lo que pienso respecto al tema central de la oportuna epístola.

Hacen muchos años — pasan largo los veinte — que tuve ocasión de tratar por la prensa, de la falsa generalización, difundida y aceptada, que significa unir el nombre del Paso de Quinteros a la tremenda



Famoso Comandante Cipriano Cames, jefe divisionario gubernista

cadena de ejecuciones capitales que epilogó la corta revolución del General César Díaz, en enero-febrero de 1858.

Porque en el Paso de Quinteros del Río Negro, donde el pequeño y debilitado ejército del Jefe de la División uruguaya en Caseros se vió rodeado por las fuerzas numerosas, aguerridas y frescas del gobierno de Pereira, no hubo, en verdad, ninguna ejecución, sacrificio o escena de barbarie, fuera del margen, fácil de conceder, de un hecho aislado, imponderable como tal, aunque infalible también en tiempo de guerra.

El sacrificio de los capitulados comenzó más acá de la población del Durazno, cuando el ejército vencedor se movía, sin prisa, hacia el sur, y ya estaba a unas veinte leguas del paso de Quinteros.

En cuando a la conclusión, es notorio que recién terminó en Montevideo, donde participando en los trámites del jefe político coronel Luis de Herrera, se extrajo de entre los prisioneros custodiados por las tropas vencedoras, al soldado Jerónimo Ximénez, pardo joven, voluntario de la revolución, criado en la casa del Dr. Juan Carlos Gómez, para hacerlo degollar a los fondos de la iglesia del Paso del Molino...

Según el itinerario del prisionero revolucionario sargento mayor Juan Manuel de la Sierra, fué en la tarde del 29 de enero cuando la columna del General Medina inició la marcha.

Al otro día estaban en el paso de Villasboas del río Yi, lo que impportaba, según cálculos de Sierra, 16 ó 18 leguas, empleadas en atravesar el departamento de Durazno.

Acampados en Villasboas permanecieron los días 30 y 31 y recién el 1º de febrero, a las 2 de la tarde, se reemprendió el camino.

Pasaron frente a villa del Durazno, dejándola al noreste y, a la hora de ponerse el sol se encontraban a dos leguas al sur de la población.

El ejército del gobierno hizo alto en una cuchilla y formó en batalla.

Iba a procederse a las primeras ejecuciones. Los datos consignados por De la Sierra en su libro son exactos, y yo he podido confirmarlos con pruebas provenientes del campo gubernista, que son las que más valen.

El teniente de guardias nacionales José Arias, oficial blanco, dice bajo su firma en documento añadido a un expediente — y del que poseo copia, que ..."habiendo llegado a una distancia como de una legua delante de Durazno para Montevideo, se hizo hacer alto al ejército del Gobierno y el declarante recibió orden de su jefe inmediato de desarmar de puñales a los jefes prisioneros y hacerlos mudar de caballos".

Confirmando, detalle más o menos, los dichos del teniente Alvarez, tengo asimismo copia de los dichos, en deposición ante autoridad, del capitán Enrique Acosta, del Teniente de Caballería Pedro Félix López y de los oficiales de guardia nacional Basilio Berdun y Eustaquio Castro, todos blancos, y que intervinieron en el fusilamiento del coronel Francisco Tajes.

En la misma cuchilla, se quitó la vida a los generales Díaz y Manuel Freire, y el coronel Eulalio Martínez.

El sitio donde fué sacrificado el segundo grupo de prisioneros, compuesto de Abella, Caballero, Poyo, B. y R. Islas, Sacarello, Espinosa, Aurelio Freire (hijo del general) y Rufino Trías, no es dado precisarlo exactamente.

Sierra lo fija de un modo vago en un punto "de la costa del Tala" el mismo arroyo donde se ejecutó a los oficiales quintados, en número de 7.

Recién mucho más al Sur, tuvieron lugar las horrendas matanzas del Paso de Pache, del Santa Lucía, ejecutadas con lujo de barbarie por la gente del Comandante Cipriano Cames, famosa como su jefe por sus sangrientos antecedentes.

Allí se pasó a degüello, el 3 de febrero, a los infantes italianos, o extranjeros enganchados en Buenos Aires o antiguos legionarios de la Defensa, que formaban en las filas de la revolución.

*

Los cadáveres de César Díaz y demás ejecutados del primer grupo, una vez que el ejército de Medina prosiguió su marcha, quedaron bajo custodia del capitán Eustaquio Chalar, encargado de darles sepultura.

Se les enterró en el cementerio de Durazno, donde los vecinos José Gutiérrez y Antonio Galó tomaron a su cargo la preparación de los correspondientes ataúdes.

Del destino de los otros muertos, ilustran con plenitud las cartas que transcribo:

Excmo. Señor Presidente de la República Don Gabriel Antonio Pereyra.

Señor Presidente:

Conforme con la orden de V. E. se ha dado sepultura eclesiástica a los cadáveres de los enemigos que habían quedado en este Departamento.

He oficiado también a los señores jefes de Florida y Durazno transcribiéndoles la orden de V. E. y adjunto el recibo de la comunicación que dirigí al primero, bajo cuya cubierta iba el oficio para el Durazno.

Los cadáveres los he sepultado en el cementerio de esta Villa.

Soy Señor Presidente de V. E. atento S. S.

Pantaleón Pérez.
(Jefe Político de Canelones)

Canelones, abril 18 de 1858.

Jefatura Política del Departamento.

Durazno, abril 17 de 1858.

En este momento que es la una y media de la tarde recibo la nota de Ud. fecha 15 del corriente a la que daré el más exacto cumplimiento, tomando el infrascrito desde este momento, todas las medidas que crea oportunas para llenar el objeto.

Dios guarde a Ud. muchos años.

Simón Moyano.

Señor Jefe Político del Deptº. de Canelones Coronel D. Pantaleón Pérez.

Quiere decir que a los dos meses y medio después de ejecutados, todavía andaban por ahí los cadáveres de los revolucionarios ultimados a lo largo del camino, privados, según las palabras del presidente, de sepultura eclesiástica...

¿Qué otra sepultura, pregunto, habrían podido recibir? ¿Yacerían del lado de afuera del cerco del cementerio como hace la iglesia católica con los excomulgados?

Quién sabe qué clase de edificantes y macabros informes, respecto a estos pobres muertos habrían llegado a los oídos del "paternal presidente de los buenos Orientales" para que Don Gabriel Antonio mismo, y



Coronel Luis de Herrera, jefe político de Montevideo en 1858.

con el apremio que se desprende de los papeles transcritos, tomara a su cargo cumplir las obras de misericordia en la persona de los sacrificados conforme a sus Superiores Decretos, o simplemente a manos de su ejército entusiasta y fiel.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA



Sargento Mayor Benigno Islas, ejecutado en Batoví. Litografía de la Escuela de Artes y Oficios.



Copia de Tiziano.



Copia de Cezanne.

EXPOSICION JOSE PAGANI

EN la Escuela Nacional de Bellas Artes se exhiben las obras seleccionadas que integran lo realizado por el pintor José Pagani en Europa, donde fuera a perfeccionar su arte, y a estudiar organización de escuelas.

En primer lugar debemos señalar que este artista, al contrario de muchos otros, y sobre todo con una clara conciencia de responsabilidad consigo mismo, comenzó con humildad realizando copias de maestros tales como Tiziano, Rubens, Renoir, Degas, Cezanne y algunos estudios de composición de color sobre Delacroix.



Copia de Rubens.

Esto nos lleva a pensar que Pagani encaró desde el principio un estudio serio que le llevó a penetrar en los secretos de la pintura y del tan renegado — hoy en día — oficio. Desde luego, estas copias, con bastantes aciertos, no son la obra de uno de esos copistas especializados que se consagran a ello con distinto espíritu, sino que, sin calzar puntos técnicos tan sabidos y desentrañados buscan el tesoro de lo que escondió el gran maestro en su elaboración pictórica y en su impulso de composición artística. Naturalmente que Pagani en ello ha aprendido mucho, y en esas copias ha logrado plasmar problemas verdaderamente difíciles. Se tropieza desde luego con el trazo — ya que el trazo maestro es imposible de imitar. Fríamente cuando se imita, o con otro valor cuando se posee talento superior. Sin embargo, hemos encontrado augurios de buena pintura y trozos de aciertos indudables. Ante nosotros ese Tiziano con sus carnaciones doradas, con azules y grises en segundo plano, con el autorretrato como nota de contraste, y con esas manos que desarrollan ellas solas un canto de animación no lo podemos exigir más que como un bello esfuerzo de un pintor que trabaja y desea estudiar profundamente. Su copia del Degas nos muestra la faz colorista y la pincelada firme y segura; los espacios neutros y lavados, y las luces empastadas y ricas; el movimiento de la danza y la vibración de la luz, todo ello pintado y copiado con respeto, asimilando su contenido.

Después los Renoir donde la suprema gracia y el cachet admirable del pincel son problemas imposibles, pero que se hallan con la intención que recogió Pagani.

También un Rubens, donde estudia la oposición del rojo y verde aplicado en las carnaciones, y el Cezánne en su "juego de cartas" buscando las tonalidades siempre concisas y fuertes. Al volver a su obra, a la propia, a la que realizó el artista como su trabajo de asimilación no hallamos naturalmente patentes los conocimientos adquiridos. Pagani nos trae una cantidad grande de acuarelas donde los rincones y paisajes de París, España e Italia libran una notable oposición de luces y sombras, composiciones y bellezas que le darán cantidad grande de temas para sus cuadros cuando los desarolle. En los óleos que ha realizado, hasta ahora, pocos, el pintor trabaja en la simpleza y en el colorido agudo. Los rojos y violetas predominan y eliminan toda tentativa de paleta baja. Apreciamos en estos cuadros singulares dotes de una nueva tendencia hacia el color, y de sentir en tales expresiones una dosis más penetrante en el carácter de la composición, junto a un humano concepto que sin duda sabrá encauzar al máximo cuando entre de lleno a producir. Nosotros, antes de abrir una opinión más categórica, preferimos esperar a que ello suceda ya que es menester tiempo y recapacitación, para volver a encarar la personalidad asimilando todas las enseñanzas y observaciones que le ha deparado tan provechoso viaje. Deseamos para finalizar, dejar sentado lo que dijimos en principio: el esfuerzo de Pagani ha sido grande y debemos esperar confiados sus frutos.

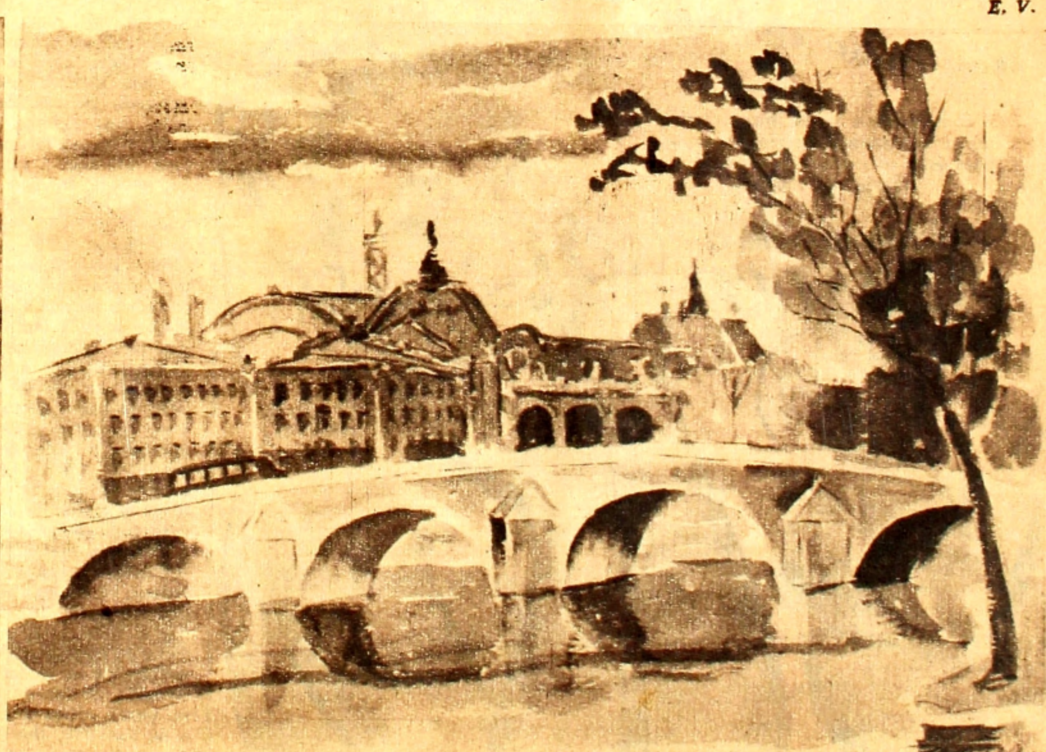


Copia de Degás.

E. V.



Copia de Renoir.



Acuarela de José Pagani.

EVOCACION DE ALCALA ZAMORA

La POLITICA y la SIMPATIA

HASTA el año 1930, la Cárcel Modelo de Madrid, enclavada en una zona ampliamente dominada por la expansión urbana de la capital durante el siglo XIX, era únicamente lo que expresaba en su exterior: un edificio terroso de ladrillo, con la única nota espiritual y humana de una placa esmaltada en blanco y azul, como la de la calle, que decía: "Odia el delito y compadece al delincuente", un eco de la preocupación penal española, reflejo de Beccaria y algunos hombres buenos y de los tiempos de doña Concepción Arenal. En sus puertas sólo se veía a la hora de visita gitanos absurdos y "pintas patibularias", parientes de los "Pernales", o "Pasos largos", o "Manita de plata", continuadores de aquellos famosos bandidos de Castilla y Andalucía que, ya en su ocaso, eran los únicos que merecían ser encerrados allí. Lo de "Modelo", le venía de su especial disposición en forma de estrella, gracias a la cual todos los presos podían ver al cura de la cárcel al decir su misa, sin poderse ver entre sí, cosa que los "sacristanes" de España, con manchas de cera o sin ella, consideraban como un verdadero alarde de progreso.

En los días de 1930, precisamente en la época en que Madrid celebraba las Pascuas de diciembre, las gentes de los departamentos del barrio se quedaron atónitas. Delante del portalón de la Cárcel Modelo se paraba todos los días un "Packard" largo, negro y charolado, procedente de la zona más elegante de Madrid. De ese coche se apeaban gentes pulcras y de una contagiosa simpatía, que se notaba al saludar a los centinelas, a los funcionarios del control y a los carceleros. Eran familiares y amigos de Don Niceto Alcalá Zamora, un abogado de fama, con muchos amigos militares, que detrás de ese coche situaban otros más dando lugar a un espectáculo totalmente inusitado.

Los funcionarios del control de visitas eran los más sorprendidos. En vez de poner dificultades, se sentían como halagados de la nueva "clientela".

"Ah, ¿usted es Miguel Fleta?", preguntaba uno. "Sí, señor", contestaba uno de la "cola".

"¿Cómo se llama usted?", se oía en otra mesa. "Victorio Macho". (Histórico).

Por un azar o por sus condiciones personales, el Sr. Alcalá Zamora fué el hombre que aportó a la democracia política en los últimos meses de la monarquía, según se puede extraer honradamente de los recuerdos, un caudal social que nadie, hasta entonces, había aportado, y que personalmente honrando su memoria consideramos decisivo.

Diez meses antes de la proclamación de la República, los socialistas, dentro de su buena fe y de su muy europea estructura política y sindical, sólo contaban con sus efectivos de siempre con una suave tendencia al aumento, pero sin ninguna infiltración eficaz directa en los organismos del Estado. Los grupos republicanos, Federal, Radical y Presidencialista, (éste prácticamente nulo), ocupaban pequeños escritorios en algunas casas del centro. La gran opinión naciente republicana no figuraba individualmente en los recibos de los partidos, pero iba estando en todas partes. En cuanto al contacto, tan necesario de la política con el Ejército, sólo había dos hombres que contaban, en aquel momento, con algunos amigos militares: Alfonso XIII, y Don Niceto Alcalá Zamora.

Don Niceto Alcalá Zamora ha sido el único civil español de este siglo que, haciendo caso omiso de la repugnancia que a los liberales les provocaba el Ejército por su apoyo a los divertimientos reales, se permitió el lujo de tener amigos militares y marinos. ¿Tendrá importancia esta circunstancia, en la proclamación de la República?

Frente a este problema, extraordinariamente delicado puesto que sigue en pie, los demás grupos políticos, enemigos jurados de los militares con justísima causa por otra parte, sólo hablaban de la "disolución de los ejércitos de mar y tierra y armamento general del pueblo" (texto del programa tradicional del Partido Socialista Obrero Español), o dejaban el tema en manos de los oradores de tribunas.

La técnica política, el estilo, o, si vale la palabra, la simpatía de don Niceto Alcalá Zamora, fué lo que en el momento decisivo hizo posible la República, y creemos que para restaurarla hará falta otro como él. Salvo los monárquicos y conservadores recalcitrantes, que, naturalmente, no lo podían ver, no hay duda de que, detrás de él, se agrupó sin necesidad de fichas ni oficinas un sector de opinión de lo más variado, funcionarios públicos, comerciantes, profesionales, y como ya hemos dicho, gentes castrenses, oficiales de artillería, (arma desde antiguo enemiga de Alfonso XIII), jefes de Estado Mayor (algunos en una actitud de tolerancia) y ciertos sectores del cuerpo general de la armada, que, más tarde, fueron azañistas. Veían en él, al antiguo ministro de la corona, con el eco que eso deja de prestigio y oficio, pasado al lado de la República por una cuestión de buena fe.

Para cuidar la no dispersión de todo esto, el Sr. Alcalá Zamora invocaba en los mitines políticos (conferencias diríamos aquí) todo lo que fuese necesario, con tino peculiar, la patria, la historia, la libertad, la tradición, la economía, las carabelas de Colón, el mejoramiento de la clase obrera, etc., etc., pero todo ligado y armonizado de una manera realmente primorosa. El delegado policial del gobierno de Berenguer que vigilaba la campaña electoral (1931) no podía apuntar nada altisonante, para informar a sus jefes. Un comunistoide vertical, enemigo de la "conjunción republicano-socialista", por que creía —claro está— que había que pasar directamente de Alfonso XIII a la dictadura del proletariado mangoneada por su partido, comentó con nosotros: "el traidorcete este habla como los mismísimos angelitos del cielo".

Los ángeles también estaban representados. Don Niceto los tenía en su hogar, sirviendo de base a una "purísima Concepción" polícroma de pésimo efecto artístico pero de buen efecto político. La tenía a la vista de todos, sobre ese bargueño tallado que hay en todos los vestíbulos de las casas burguesas de España. El cronista la contempló muchas veces personalmente sin tener el honor de ser íntimo de la familia, pero por una causa muy sencilla. De la misma manera que en Montevideo un transeúnte puede meterse en una casa de duelo, sin conocer a nadie, firmar, conversar con el que tiene al lado, resguardarse un rato del frío o de la lluvia y salir a la calle sin que nadie lo moleste ni le pregunte por qué ha venido, en el chalet de Don Niceto de la Avenida de Martínez Campos, un ciudadano podía entrar a cualquier hora, sentarse o no sentarse, charlar de la República como en una plaza pública, con los corrillos allí siempre reunidos, y marcharse de nuevo. Todo el mundo hacía lo mismo. Eran estudiantes de todas las facultades, políticos, y algún que otro militar, que iban a saludarlo cuando ya había salido de la cárcel, o llevar algo para los que aún quedaban allí; y nunca a lo que parece se metió ningún espía. Era el viejo liberalismo español que latía.

Desde ese mismo chalet de la Avenida de Martínez Campos, Don Niceto presidió la República Española, sin querer trasladarse al antiguo Palacio Real, más que, para firmar y recibir embajadores, el tiempo indispensable.

El punto neurálgico acerca de su vida política, si disolvió o no disolvió, oportunamente —aunque siempre con sus prerrogativas— las Cortes constituyentes, es un punto que visto a distancia ha perdido mucha importancia. Evidentemente, para un español republicano, las Cortes constituyentes no fueron oportunamente disueltas, pero el tema tiene muchas derivaciones.

El derecho es por naturaleza una cosa retrógrada, algo que va detrás de la vida. El que estudia derecho no puede ir, como el estudioso de medicina, delante de su generación, como va el físico, único mago de todos los tiempos ahora más que nunca. Otras veces el derecho es un proyecto o anteproyecto de la felicidad humana, sin gravedad para obligar. Sólo en especiales climas de armonía se logra el equilibrio entre la iniciativa y la practicidad.

Don Niceto, como llegó a llamarlo toda España, sin ser nunca su hombre indiscutido, puso su simpatía de andaluz al servicio de su política con todo entusiasmo. Al igual que esos dirigentes deportivos, que para fundar el club del barrio hablan personalmente a todos, vecino tras vecino; Don Niceto, reunía voluntades individualmente y su triunfo fué tan grande que hasta los clérigos intentaron ampararse bajo su protección.

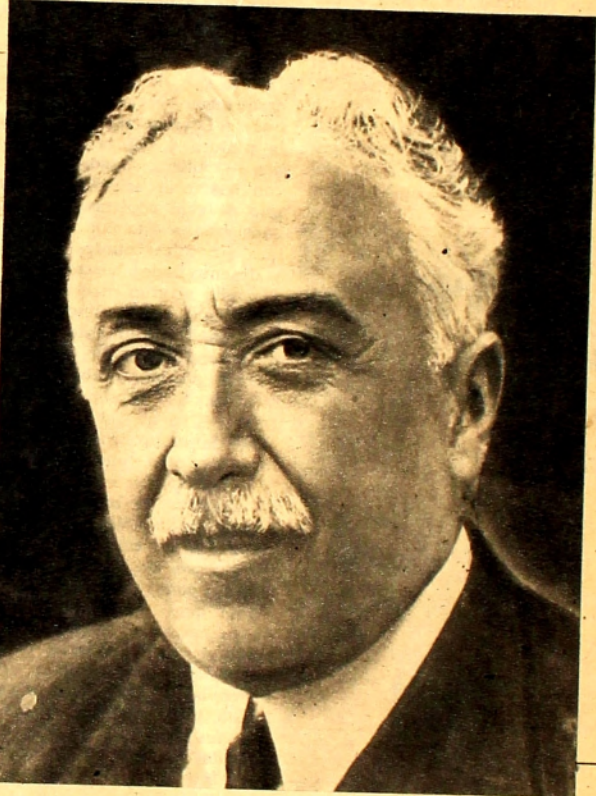
El fué quien se ha aproximado más a lo que podría ser el Presidente para todos los españoles. Pero había un sentimiento heroico, un "sentido trágico de la vida". Había que demostrar que en España, República es laicismo y democracia por encima de todo, y que es más fácil apoderarse de España que de la República. Así es como se pasó al "misticismo político", a la abnegación y al sacrificio.

Luego después del sacrificio vino el deshonor y el indecoro, personificados de una manera nítida en la persona del General Franco, pero quién sabe cómo nos juzgarán a todos en días del futuro.

No obstante ya tenemos algunos testimonios. En el monumento bibliográfico y político más famoso de la primera mitad del siglo XX, Churchill golpea como con una fusta la cara del caudillo: "El general Franco — dice — nos debía poco o nada", (que ya es deber), "pero mucho, quizá su misma existencia, a los poderes de Hitler y Mussolini". El pobre "Tirano de mentalidad estrecha", habrá ordenado a la censura que borre estas palabras de la versión que de esas "Memorias" den los periódicos en ese dedal que es España en el mundo. Sus "amigos" de hoy, sólo las autorizarán después de su muerte.

Pero jamás, podrá decirse ni escribirse eso (ahora que está muerto) del Presidente de la República Española Don Niceto Alcalá Zamora.

Rodolfo OBREGON.



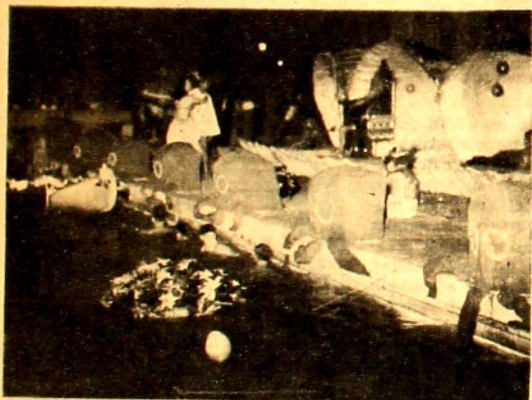


Componentes de la Comedia Nacional que a mediados de abril próximo iniciará su temporada teatral en el teatro Solís, con la obra titulada "El centinela muerto" de José Pedro Bellán.



Fiesta realizada en la residencia de los esposos Pablo y Blanca Sánchez con motivo del cumpleaños de su señorita hija Elsita.

INFORMACION LOCAL



Aspecto del trono de Neptuno, armado en la piscina de Trouville para el ballet náutico organizado por el Club Neptuno, con su conjunto de nadadores.



Interpretación de la leyenda "Bula-Bula", por la actriz del ballet acuático Ana Luisa, en momentos en que danza encima de una canoa.



XAVIER CUGAT, famoso director de orquesta, rodeado de sus músicos e invitados en una fiesta dada en su honor.

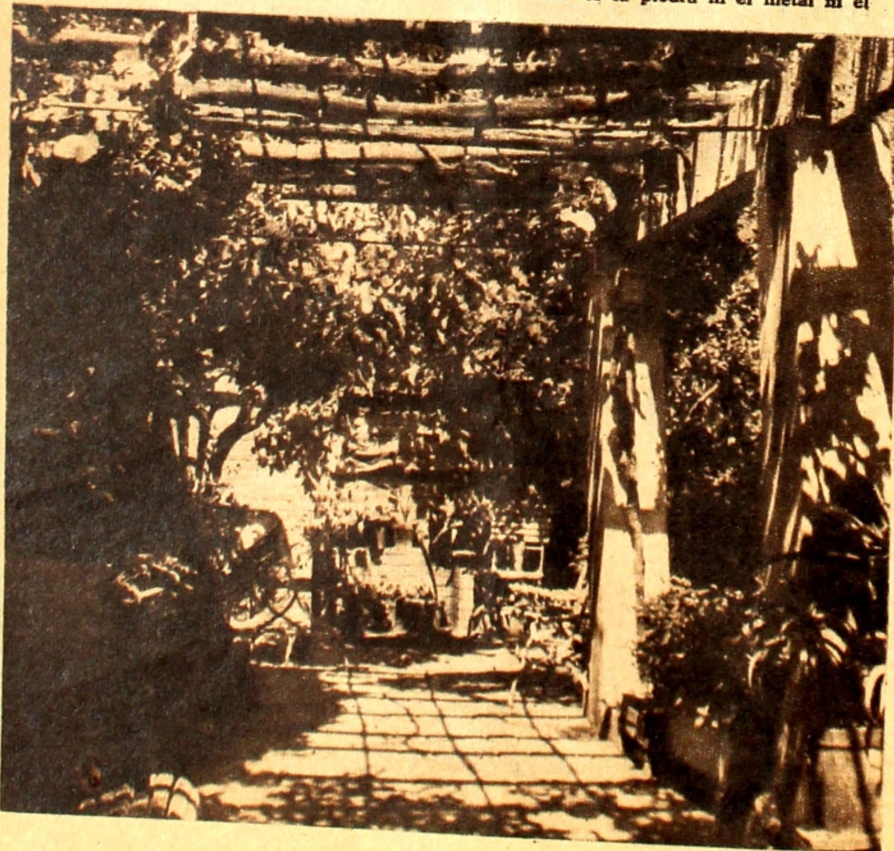
EN EL JARI



Eralo. Musa de la poesía erótica

CRECE, junto al portal de la geométrica fachada, impetuoso y grave, un eucaliptus de recio tronco, cuya corteza, caprichosamente dibujada, cambia de año en año su labrada tela, en tanto el árbol que ciñe ensancha su viva columna. Alto y firme, allí está el eucaliptus con su gigantesca talla, visitado por la oscuridad y por la luz en la rueda de los días y las noches, soportando altivo las rachas del viento del mar, y mezclando a las ebrias sinfonías del oleaje el cimbreado canto de sus ramas. Pasamos junto a él. Nos complace abrazarlo. Nuestros dedos rozan, sensibles, su vitalidad titánica. Su piel olorosa nos refresca las manos. De las hojas incontables caen sobre nuestra emoción una tierna sombra y una arcana fragancia. En su majestad serena, en la potencia con que se ha plasmado a sí mismo, en la laboriosa fecundidad de sus semillas, en el ahinco de sus raíces, en la corriente de savia que se eleva desde la sombría madre a la luz paternal, en su hondura terrestre y en su salto vital hacia el cielo, vemos simbolizada el alma del artista que, inclinado hacia la arcilla del astro, imprime en ella las formas que emanan de su fuego interior, la encendida idea de los arquetipos, hasta convertir la materia en el verbo de su propia espiritualidad.

Tras esta agradable sensación y bajo el sentido alegórico del árbol, penetramos en el amplio taller de José Luis Zorrilla de San Martín. De pronto, tras los primeros pasos, nos sentimos en su zona penumbrosa, entre estatuas, bustos, relieves y bocetos, suavizados por el leve toque de las horas y por el polvo fino que dejan caer los años desde las moliendas de la lluvia, del sol, de la brisa y del viento sobre la roca del mundo. Los ojos se complacen en aquella ciudad silenciosa. Nada se mueve, pero en todo vibra un pensamiento oculto, pulso de la frente humana que los dedos del escultor eternizan en el plasma del volumen y en el nervio de cada perfil, donde la luz tiembla como en el plumaje de un ave. Todas las actitudes, todos los gestos, parecen detenidos en las formas invariables de la escultura. La muerte, pensamos, no podría ser más rígida. La quietud se hace inalterable en el bronce, en el mármol, en la arcilla misma. Pero sentimos a la vez que allí se mueve el tiempo. Esas cabezas, esas manos, esos torsos, emanan el pasado hasta incrustarlo con ansiedad en el latido del presente. Cada estatua es un manantial de la duración. El escultor que modela el barro y le comunica su propia sensibilidad, crea el vencimiento de la muerte, y sumerje en un vivir eterno las horas efímeras de la ensoñación. En el fondo, la materia real del arte no es la piedra ni el metal ni el color ni el sonido ni el verbo, pues éstos sólo constituyen el soporte de la expresión. La obra de arte es tiempo que no muere, tiempo resurrecto, tiempo robado por la emoción al sueño infinito de la muerte. Allí, en el taller de José Luis, la edad del escultor nos asalta desde distintas lejanías, nos rodea, se manifiesta impetuosa, emanando desde todas sus creaciones. Los días de su alma no han pasado. Nos esperan. Nos golpean suavemente los ojos. Están inscriptos y vivos en la escala de la Belleza. Desde las hundidas horas regresan por una finísima reversibilidad de los instantes, pues en lugar de morir en la profundidad de la materia, vitalizaron a la materia misma, ansiosos de no naufragar en las tediosas cenizas de la nada.



El parral bañado por el sol.

Ahora la luz viene de lo alto. El techo es transparente. La ola del sol, semifiltrada, penetra como un grito de júbilo en el silencio de una selva. Los reflejos se distribuyen, armoniosos y reveladores, cual una vestidura sutil del fuego cósmico, sobre los cuerpos esculpidos. Las formas arden, y la piedra y el metal, cantan. Sobre la arcilla gris y húmeda, el fulgor florece de vitalidad. El polvo es chispa, y el perfil es llama. La ciudad de José Luis arde en un mediodía de trópico. El pulso del tiempo se intensifica. Las raíces de la duración beben el pasado, y lo irradian en el hachazo del presente. Treinta años se mezclan en una paradójica resurrección. Miramos entonces las manos milagrosas, y las oprimimos luego... Cayeron las hojas de los árboles. Miles de veces las olas del ancho río se aniquilaron en la roca y en la arena. Los cabellos de sol o de ébano se inclinaron, delicados, hasta la desmayada luna. Nada volvió a ser su ser antiguo. El cambio, flujo del devenir, impuso su ley terrible, y la belleza misma se marchitó sobre el orgullo de los cuerpos irreprochables. Y entonces miramos de nuevo las manos del escultor, fina prolongación de su vida, flor de los nervios y pétalos del alma; las manos que vencieron a la muerte y al tiempo; las manos sabias y viriles, hondas y creadoras, que pugnaron sobre la impasibilidad de la arcilla, para clavar en ella el anhelo de la inmortalidad, el angustioso destino del arte lanzado hacia la perpetuación del espíritu. ¡Las manos! Cambiaron ellas mismas. Perdieron la ceñida línea juvenil. Arrugaron sus dorsos, se cargaron con el dibujo fatal de los años. Llenas de historia, recias y dulces de experiencia, creadoras de aquella ciudad siempre joven, las veía emanando un pueblo de amor y de fervor que es la verdad viviente de un hombre, de un hombre que fué tomando una a una sus horas para que flotaran sobre los niveles del pasado, en el latido de cada instante nuevo, como los pájaros de una selva, al estallar la aurora, — flechas prodigiosas de la vida, — vuelan sobre la sombra donde las aprisionó la vencida noche.



El escultor José Luis Zorrilla de San Martín, junto a una de sus esculturas.

Hacia la izquierda, matizado de verde, penetra en el taller un mágico chorro de luz. Voy hacia él. Una puerta se abre, y me ofrece la entrada a un pequeño jardín. El sol lo llena entero, cual si lo amase y se complaciera en derramarle su energía y su júbilo. Una enredadera de flores celestes trepa hasta lo alto del muro, y femeninamente, se reclina en él besándolo con la levedad de sus labios florales. Sus guías, entretejiéndose, ondulan en la brisa como los flancos de una doncella bajo el amoroso deslizamiento de la primavera. En un rústico zarzo de torneados travesaños, divaga, voluptuosa y ebria de luz, una parra de extendidos pámpanos, bajo la cual podría haber labrado sus cuartetos de vino, de fuego, de ebriedad y de melancolía, el persa Omar Khayan, soñando en el verso, en la mujer, en los sabores de la vida, frente al pozo de la nada. A la izquierda abre su corola elástica una fuente donde los picaflores bañan su vuelo repentino, y beben la minúscula gota en la copa radiante del aire. El líquido espolvorea sus gem vientes. Vuelan sin volar, inmóviles lluvia, suspendidos como astros, vib como llamas. Luchan en dardeantes llas de amor y hurtan a las hondas el zumo erótico que empapa el nacim de las semillas. El ligero gotear pico riza el agua verdinosa del musgoso En el afinado silencio zumba el ala d abejas, y el agua que cae vibra en el yacente como el arco del violín en el dido encordado.

En aquel breve trozo de tierra, a diseñado por el encanto ingenuo de jardinería que es casi lo espontáneo, da se estrecha a la vida, la dalia toca dalia, en el ciprés se esconde medro



Estatua de "El Peregrino", em

liana florecida, el camalote fluye su corol casi suspirada, la sagitaria afina su dard arrojado hacia el cielo, la salvia rústica al terna con la aristocracia de la rosa, el árbo de combado ramaje sombrea a las más humildes florecillas, cada vida tiene su puñado de tierra para beber la vida, el pájaro medra y prospera en alegría y canto, la mañana es gracia, el mediodía es himno, el ocaso es suspiro, la noche es penetración y silencio.

El escultor ha querido que la variedad burle la pequeñez de su predio. De ningún modo se ha limitado la multiplicidad y la lujuria de la naturaleza. Hay orden y desorden, estilo y locura, forma y caos, sombra justa y no impedida luz, geometría y capricho, quietud y danza, anchos y

DE JOSE LUIS

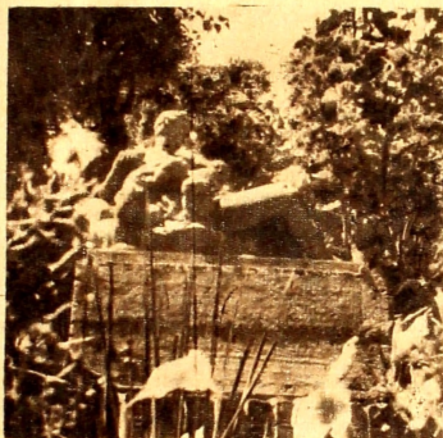
largos tonos y abigarrados tapices. Pero además hay algo mágico, algo que no parecería posible en aquella dimensión; hay, junto a la gracia de la miniatura, la altitud que crea una impresionante grandeza. Este jardín es un jardín extático. Falto de anchura como para trasmitir la equilibrada armonía de lo clásico, ha irrumpido, mediante el afinamiento de los cipreses y sus arriesgadas siluetas, en una estilización qua asocia el atrevimiento del gótico, el vuelo de las finas columnas, el perfil ceñido de las ojivas, la agudeza de los torreones que flechan el azul levantando el espíritu en el vuelo del arrobamiento.

Hacia la hora del ocaso, al desmayarse la divina luz del sol, los cipreses se doran

o de entre las sombras de los árboles.

levemente, con un oro pálido y espiritualísimo, en aquella parte de su verdor que se enfrenta hacia occidente. Del lado oriental, cenicientas franjas de tristeza descienden desde lo alto hasta la tierra. ¡Fuego y ceniza, doble ilusión del crepúsculo, último trance de la tarde, degradación de la luz que la sombra uniforma al toque de la noche, cuando el pájaro ha escondido su canto en el sueño, y el élitro del grillo muele en el silencio el fluír indefinible de los instantes! Y entonces, los finos y tenebrosos cipreses, altos y mudos, nos levantan los deseos del alma — elevación y elevación — para desprenderlos y extraviarlos en el laberinto de las estrellas.

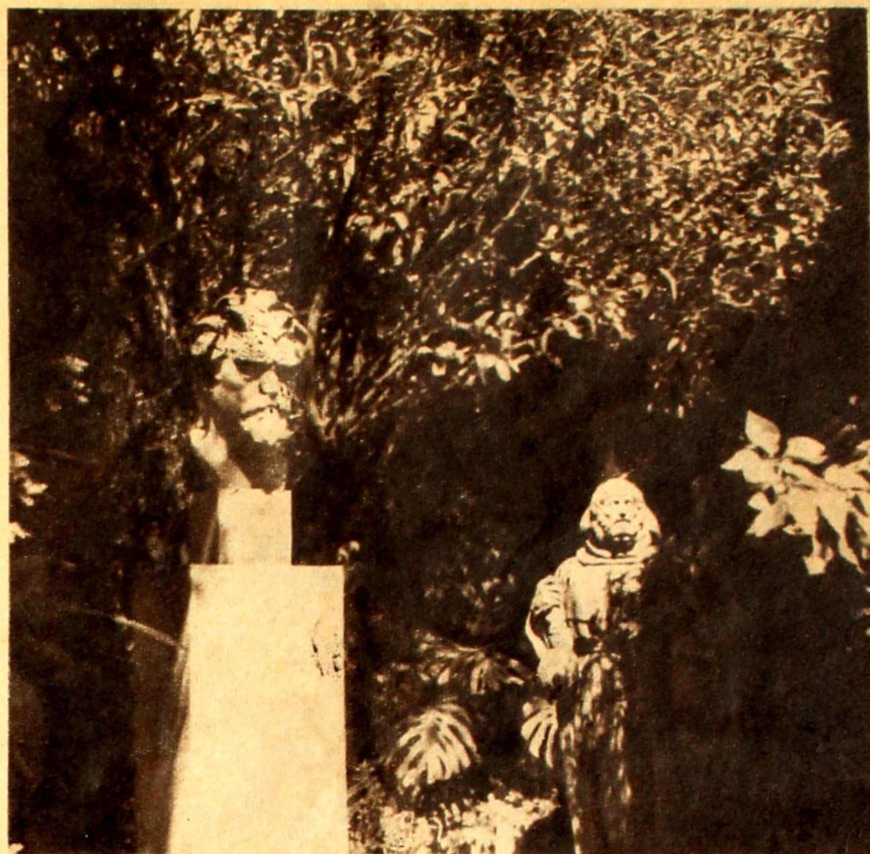
Quien entra desde la calle por el angosto sendero que margina, a la izquierda, el taller del escultor, se siente inclinado, repentinamente, a prolongar la mirada que se alejará de los ojos rozando los troncos y los delgados cuerpos de los cipreses. Descenderá tres escalones, y será halagado por el frescor de la sombra que se apoyará, perfumado y suave, en las manos y en el rostro. Acaso necesite detenerse un instante para armonizar el espíritu con el ámbito del vital silencio, con la fineza de la humedad desprendida en olas sutiles desde la savia interminable. Sus ojos, por leves trances, saldrán de la unidad del conjunto, al breve número de cada detalle. Recorrerá el juego espontáneo de las líneas, el ondular de las mezcladas curvas, el crecer decidido de las potentes rectas. Sondeará la profundidad de los ramajes, los tajos de luz que se adentran en la copa de los árboles. Estrechará el dibujo rojo, azul o gualda, de cada flor y de cada pétalo. Verá la raíz tenaz sumergiendo sus porosos hilos en el pingüe espesor del barro. Deteniéndose otra vez, le parecerá oír la entrañable sinfonía de las formas, la emanación de tremendo misterio que sube el limo amorfo y crea con él todos los estilos de la vida, cual si estuviesen inscritos en el espacio donde los seres pasan de la idea al volumen, o en una plástica inteligencia recóndita en el espíritu de la savia. Vivirá entonces el apasionado poema del ser uno y múltiple, el poema de la marea vital para el que no existe tregua posible en su elevarse y en su desvanecerse. Y configurada toda la imagen, tocará con su esencia en el misterio del arte, cuando de la sustancia uniforme del alma, como de un planeta, comienzan a despertarse las formas del poema, de la estatua, de la sinfonía, de la danza y la mente del artista desarro-



Maternidad.

lla en la materia de la expresión, el mismo oleaje de vida que irrumpe de la esfinge infinita de la naturaleza. Tal vez en ese mismo minuto su emoción se detenga en un angosto pilar que soporta la cabeza del poeta de Tabaré. El artista de la piedra lo ha levantado allí en homenaje a su propio padre, el artista del verbo. Mirando aquella frente y aquellos ojos que se espacían en el sacro ámbito, entre los delgados cipreses, se diría que el jardín del hijo es el jardín del padre, y que las formas musicales de la palabra son las mismas formas musicales de la escultura, y que éstas y aquéllas, a la vez, son las mismas formas de la naturaleza.

La emoción y la reflexión se cortan de pronto. Dos avecillas, de las más pequeñas, se han ocultado por detrás de la escultura. Las buscamos, curiosos, y no podemos hallarlas. He aquí un acontecimiento extraño. Pero el misterio se aclara muy pronto. El cuello del busto nos muestra la abertura por donde el mismo busto fué vaciado. Los pajarillos entraron por allí, anidan allí, viven adentro del cráneo del poeta, apoyan su lecho de briznas en la cavidad bucal, en el pasaje delicioso de la palabra lírica, en donde cada letra del verso creó las alas de la música, y hecha himno, elegía, salmo, se abrió paso por los infinitos caminos del aire y de la luz. Todo es mito, símbolo, alegoría. La naturaleza es lenguaje. Detrás de cada hecho trasciende el oculto sentido del universo. El azar mismo es siempre una creación cuyo misterio nos ofrece una clave. Lo sorprendente nos aguarda en todo lugar. El ave no sabe esta leyenda prodigiosa, que es una verdad ante nuestros ojos. Todos los poemas parecen hechos de antemano. Aquí, entre los altos y finos cipreses, el prodigio nos esperaba. En la cabeza del poeta muerto, las aves del canto viven aún. Dos pajarillos anidan en un busto, y nos han revelado el enigma de la inmortalidad. Imaginad ahora la noche, el altísimo silencio, la callada migración de las estrellas, el paso tembloroso de las horas oscuras, y pensad en el busto de Zorrilla, en el breve nido, en las dos avecillas sobre los gérmenes del amor que las une, en



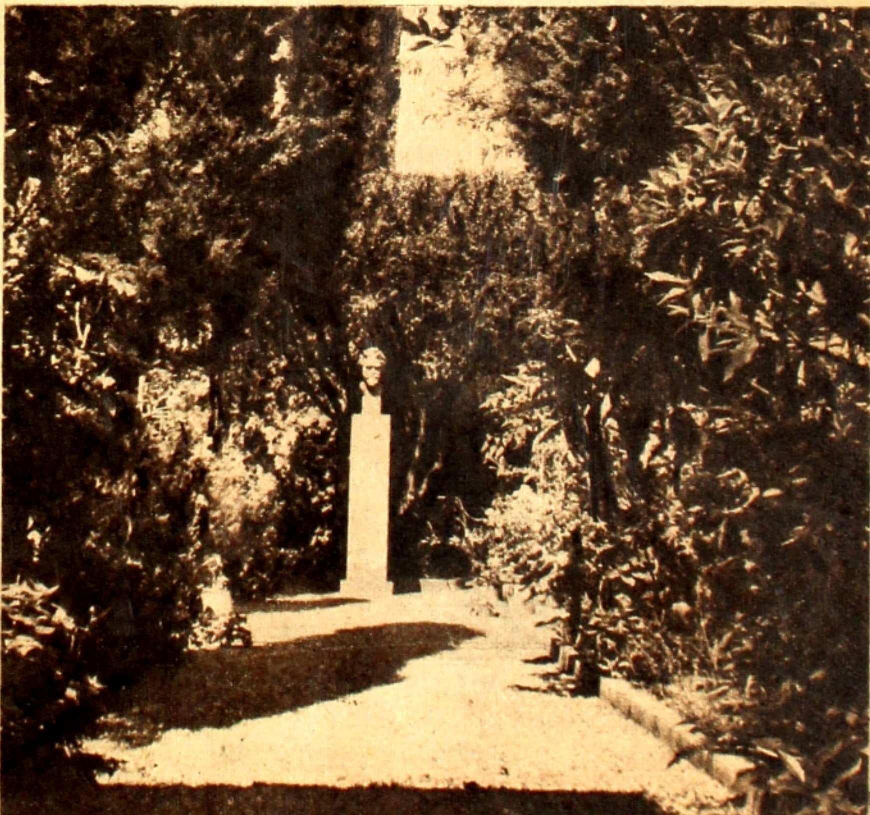
Una perspectiva del jardín que deja ver la cabeza del poeta de Tabaré y la de El Peregrino.

la creación de la vida próxima ya a brotar de los huevecillos albos, e imaginad el nacimiento de las alas y del canto, allí mismo, en el pasaje de la voz, en la vertiente de la poesía, y advertiréis el sabio signo de los escondidos ecos...

Hacia la izquierda, rodeada de follajes y de flores, en prudente dimensión que no desentona con la estrechez del jardín, el escultor ha colocado, desnuda, ceñida por el tierno racimo de sus hijos, una madre, reclinada, de formas frutales, de noble perfil, una Eva plena y firme, fecunda perpetuadora de la especie. Desde su altura, preside el coro vegetal de la vida. Las hojas dibujan su sombra sobre sus lácteos pechos, o se apoyan en el perfil de sus muslos, y algunas semillas han rodado sobre su vientre como si escuchasen el llamamiento de la fecundación. El tiempo fluye de su profundidad como el trigo emana de los surcos... Próxima a un arco de abrazadas lianas, una Erato de bronce, apasionada y patética, alta la cabeza que busca el cielo, expresa, en intensa mezcla de dolor y deleite, el canto universal del Eros infinito. Sus manos vehementes tañen la lira heptacorde. El pecho quemante emerge el canto que se desprende del doble incendio del alma y de la sangre. Pienso en Delmira. La misma conmoción, la misma llama, el mismo goce, la misma agonía. Pudiera ser el signo de la estrella que quemó aquella carne sublime... Y en el fondo, hacia la izquierda, donde más se oscurece la maraña de las ramas y el laberinto del follaje, hay un peregrino que ha truncado su paso ante el misterio de aquel jardín contradictorio. ¿Cómo atravesarlo sin detenerse en él? ¿Cómo burlar los lazos sensibles de su dulzura y de su voluptuosidad? Es la tierra fértil, y no el árido desierto. Mas el peregrino busca como guía los finos extremos de los cipreses, místicos, agudos, apuntando al cielo, levantados en éxtasis, y sin apartar de ellos sus ojos sobrehumanos, al llegar la noche, cuando el grito solar de la vida se calle, proseguirá su marcha, recto de soledad. Y detrás de él caerá la luna, y con ella revivirá el suspiro de la fuente, y la canción de Erato flechará los deseos, y la rosa abrirá sus labios bajo la herida de la estrella, y descenderá del racimo la gota mágica de la ebria locura, y la madre se estrechará a sus hijos, y la liana beberá el zumo fragante de los cipreses, y la plateada luz se plegará a las formas para recibir en su tela finísima el mismo amor que sostiene el vuelo del Universo.

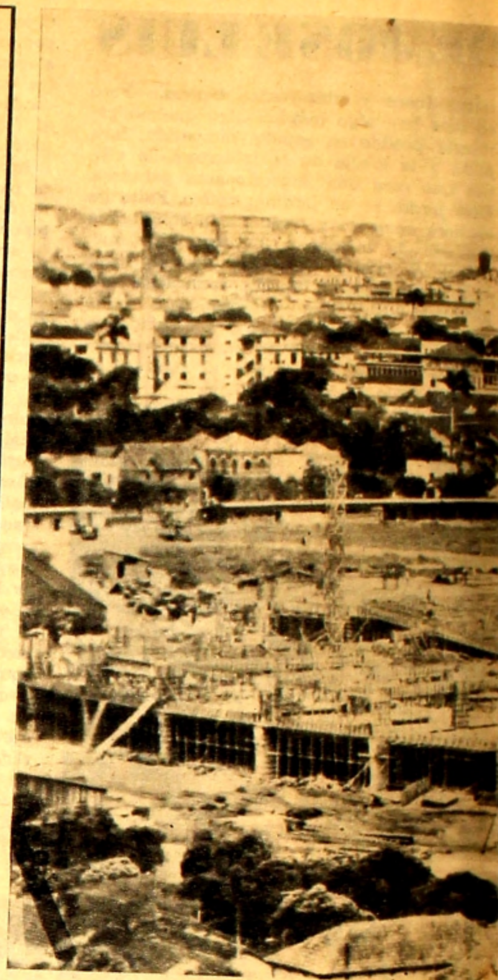
Carlos SABAT ERCASTY.

(Fotografías del autor).



Un rincón del jardín, donde puede verse esculpida la cabeza de Juan Zorrilla de San Martín.

EL ESTADIO MUNICIPAL DE RIO DE JANEIRO



Vista general de las primeras alternativas de la construcción del Estadio Municipal de Río de Janeiro con capacidad para 150

LA circunstancia de haber sido fijada por el Congreso de la F.I.F.A. la ciudad de Río de Janeiro para desarollar allí el próximo Campeonato Mundial de Fútbol, contribuyó a que se trazara primeramente el proyecto necesario para el Estadio Municipal y luego proceder al desenvolvimiento de la construcción respectiva.

De este modo también Brasil aborda el establecimiento de su gran escenario deportivo, que estará pronto para mediados de 1950 y que tendrá capacidad para 150 mil personas. La obra tuvo el apoyo del gobierno que preside el General Eurico Gaspar Dutra, aceptando el impulso y organización dado a las tareas por el Prefecto General Angelo Mendes de Moraes.

Trabaja activamente una comisión ejecutiva y consultiva, presidiendo el coronel Herculano Gomes, interviniendo en ellas otros brillantes deportistas del país hermano, como por ejemplo los doctores Rivadavia Correa Meyer y Joao Lyra Filho. También participa una comisión de técnicos: ingenieros - arquitectos Pedro Paulo Bernardes Bastos, Rafael Galvao, Antonio Díaz y Orlando Azevedo.

Desde luego, la autorización para levantar el edificio pertenece a la Intendencia Municipal, que se ha encargado de la financiación, mediante venta de 30 mil abo-



Un detalle de las espaciosas graderías



mil personas. Allí se desarollará el Campeonato Mundial de fútbol de 1950. Propulsores de esta obra son el general Angelo Mendes de Moraes, prefeito del distrito federal de Río; coronel Herculano Gomes, director de la A.D.E.M. y Dr. Joao Lyra Filho, presidente del Consejo Nacional de Deportes de Brasil.

nos, con duración de cinco años y al pago de cinco mil cruzeiros cada uno o también haciéndolo a plazo, es decir mensualmente en cuotas de mil cruzeiros o 10 de quinientos ó 20 de 250.

El gran escenario se desarrolla en los terrenos del antiguo Derby Club, que fueran permutados con el Jockey Club, en igual área en Gavea. Ofrece facilidad de nivelación y condiciones topográficas excelentes. La Prefectura realizará grandes plantaciones de árboles, sobre todo en las vías de comunicación con el Stadium y, además, habilitará playas cómodas para estacionar los vehículos.

Como el campo se halla a pocos minutos del centro urbano de Río, la locomoción es sumamente fácil, disponiéndose de ómnibus, tranvías, autos colectivos y trenes.

Además de las instalaciones para fútbol, habrá canchas de tenis, de basketball, volley-ball, gimnasios diversos, sitios adecuados para boxeo, pista de atletismo, ciclismo, piscinas cubiertas y otras al aire libre, etc

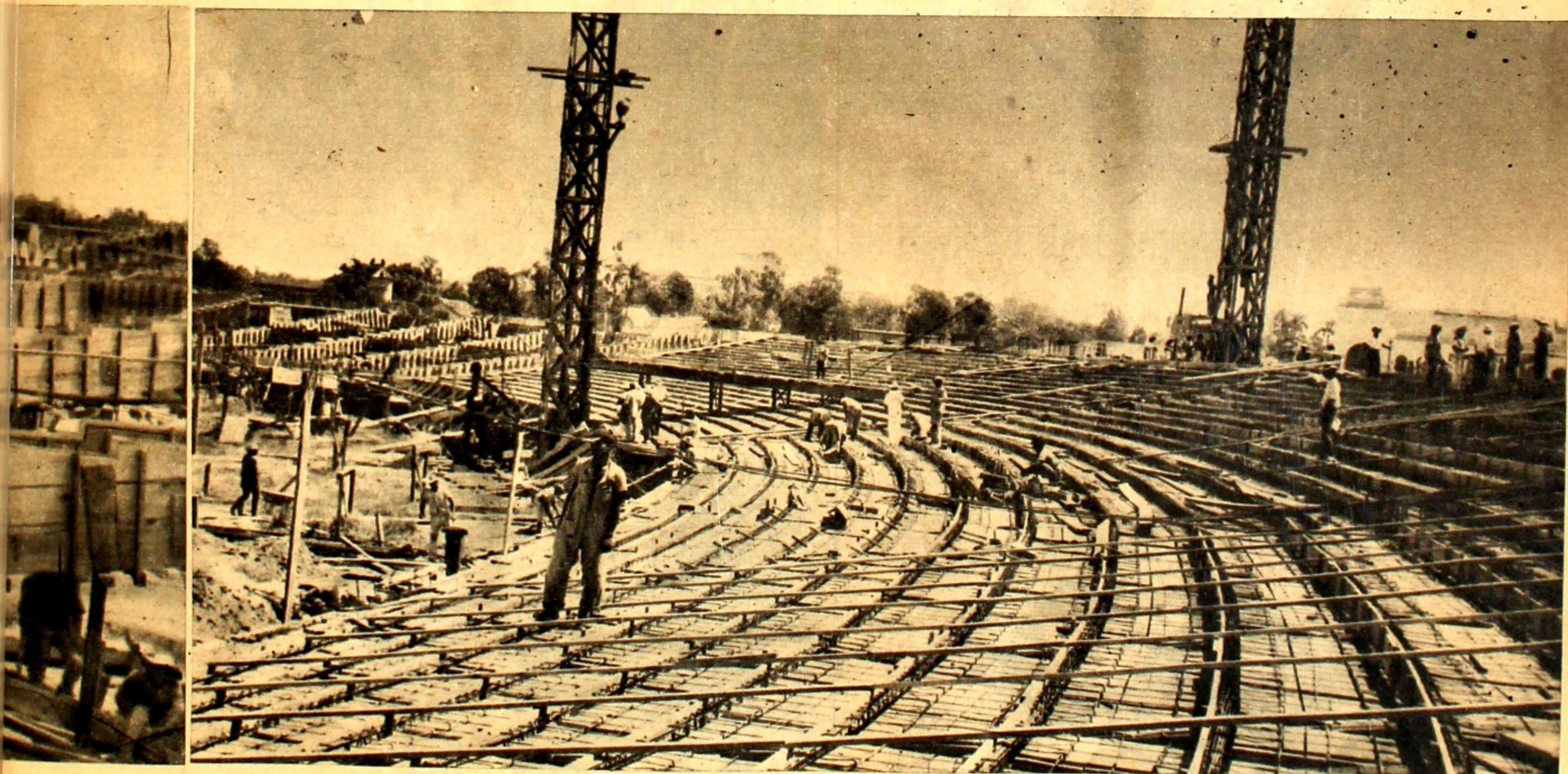
Además de las 30.000 localidades para abonos, serán construídos 250 palcos para cinco personas cada uno, estableciéndose excelente bancada de prensa, confortables cabinas, algunas de ellas especiales para trasmitir los espectáculos.

Hay una comisión que asume la tarea de lograr suscriptores. La preside el señor Hebert Moses, de la Asociación Brasileña de Prensa; vice presidente el señor Dr. Vassalo Caruso, Srios. Luis Vinhais y Antonio Cordeiro; tesorero: Lourival Dalier Pereira.

Los clubes Fluminense, Vasco da Gama, Botafogo, Flamengo, etc., obtuvieron seis mil localidades para sus socios.

En realidad surge, a instancias de otro certamen mundial de fútbol, una obra que está a tono con las ansias de progreso de la cultura física. Son nuevas realizaciones, de alta significación sin duda, las cuales aparecen en la ruta amplia, generosa y anticipada de nuestro gran estadio Centenario, planeado en 1929, procediéndose el 18 de julio de 1930 a la inauguración. Fué el primero de un estilo moderno y con capacidad de más de 100.000 personas, agregándose 8 años después el de Chile, luego el de River Plate en Núñez, más tarde el de Boca Juniors, el de Huracán, ahora el de Río, todos en busca de forma y volumen, definidos por la visión de futuro que hace ya veinte largos años inspiró al del Parque José Batlle y Ordóñez.

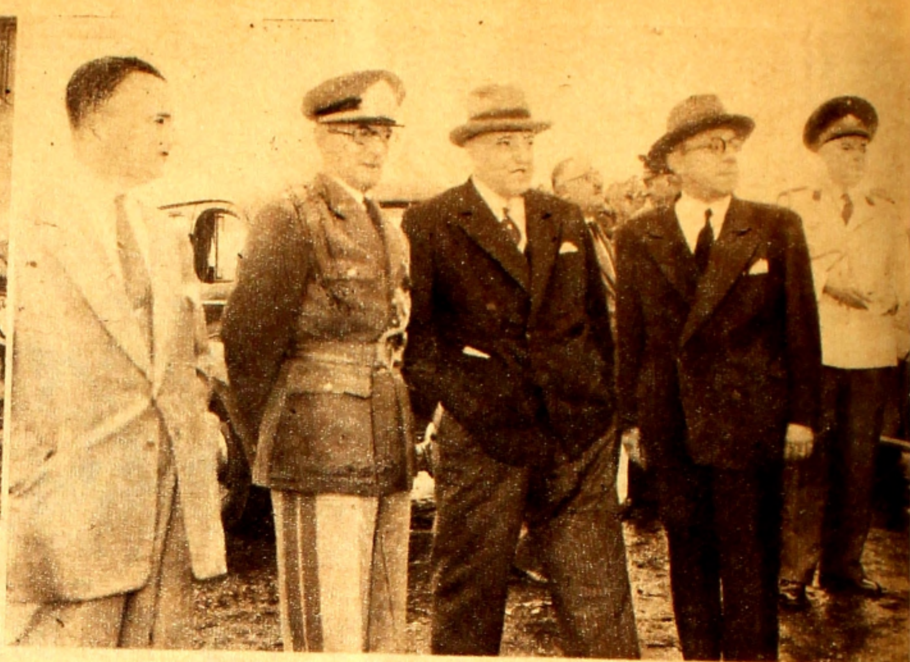
U. B.



Otro aspecto de la vigorosa construcción, en los viejos campos del Derby Club. — (Fotografías, datos y demás informes brindados gentilmente por nuestro compatriota señor Manuel V. Caballero).



El Prefecto de Río de Janeiro en la presentación de su saludo al Presidente de la República, señor Luis Batlle Berres.



Desde el Cerro de Montevideo el ilustre huésped admira bellas perspectivas de Montevideo.

VISITA DEL PREFECTO DE RIO DE JANEIRO A MONTEVIDEO

HUESPED de honor de Montevideo fué durante días el Prefecto de Río de Janeiro, General Angelo Mendes de Moraes, en cumplimiento de una cordial invitación del Intendente Municipal, Agrimensor Germán Barbato. La presencia del ilustre representante del pueblo carioca, así como la de su esposa, señora Débora de Mendes de Moraes y los distinguidos miembros de su comitiva, determinó que se les tributaran múltiples agasajos. En su recorrida por todas las zonas del Departamento de Montevideo, el Prefecto de Río de Janeiro apreció sus condiciones edilicias, señalando al despedirse la encantadora impresión que le dejó la capital uruguaya.

Las notas gráficas ilustran los aspectos de la visita del General Angelo Mendes de Moraes, expresión de la firme y sincera amistad que registran las relaciones entre las dos naciones hermanas.



En la residencia de la señora Sicardi de Barbato, la señora Débora de Mendes de Moraes visita a la señora Margarita Saez de Barbato.



Visitando la pista de regatas en el Río Santa Lucía.



En el establecimiento Taranco, el Sr. Ricardo Zumarán Arocena y sus familiares agasajan al Prefecto de Río de Janeiro y a su comitiva.



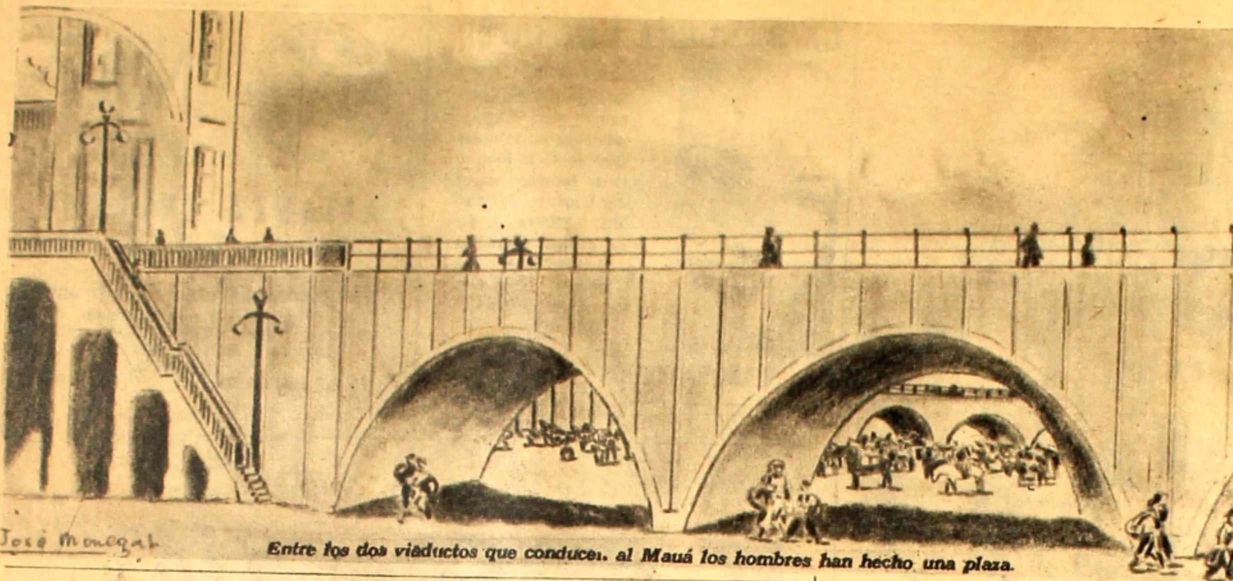
En su despacho del Palacio Municipal, el Intendente, Sr. Barbato, obsequia con una artística medalla y una pieza escultórica al Prefecto de Río de Janeiro.

Al descender del avión, en el Aeropuerto de Carrasco, es recibido por el Intendente Municipal, Agrimensor Germán Barbato y el Presidente de la Junta Departamental de Montevideo, Sr. Ignacio Bazzano.





La entrevista personal entre el Prefecto General Mendes de Moraes y el Intendente, Agrimensor Barbato.



Entre los dos viaductos que conducen al Mauá los hombres han hecho una plaza.

EL ZOCO DE RIO BRANCO

En árabe, çoc significa plaza, mercado. De ahí viene zoco. El de Tánger —único que conocemos— es tan bizarro como imponente. Allí está el Africa que canta, suda, trabaja, sufre y ríe; y que vende y compra. Los camellos traen un poco del desierto a la plaza; los hombres un poco del aduar. Mirando a aquéllos revive en nosotros el estupendo drama de las caravanas: duros traficantes o sañudos guerreros. Observando a éstos uno remoza la portentosa historia de su raza. A veces, fugazmente, cuando el camello es hermoso de líneas, cabalga en él un rey mago. A veces, también fugazmente, cuando el hombre nos mira con ojos profundos y apacibles, vemos al árabe del prestigio proteico. Pero, sobre estas divagaciones encendidas por el espectáculo nuevo a nosotros, está la vida implacable: el hombre, siempre el hombre, cantando o sufriendo, sudando, vendiendo y comprando.

✦

Río Branco, junto al Yaguarón en la frontera con el Brasil, también tiene su zoco. No hay allí árabes ni camellos. Pero hay *algo* que, en su primer contacto, nos lleva a la plaza de Tánger. Lo menos que sentimos es que aquellos hombres y mujeres que se apean bajo las arcadas de los viaductos cantan y sufren como aquellos que viven junto al famoso derrotero del Mediterráneo, aunque esconden más hondamente sus sentimientos. Que sudan y trabajan, que venden y compran con la misma angustia, afán, (y sutileza), que los de aquellos hermanos distantes. Porque ¡cuánto de árabe hay en estos seres, cuánto de aduar en sus rancheríos!

✦

Los sábados, desde que amanece, comienza el desfile por la ancha y arenosa calle de Río Branco. Carros de todos los sistemas, caballos de todos los trabajos. Ancianos, mozos, adolescentes y niños, blancos y negros, todos cruzan el camino para hacer pie en la sombra de las dos vías de acceso al magnífico puente internacional. De allí se desgranan. A las 11 llega a su plenitud el movimiento. La caballería azota moscas o patea tábanos con el milenario fatalismo de las bestias de carga. Casi la mayoría de éstas ha tenido su minuto estelar sobre los trillos de alguna cuadrera. Muchas se han asociado en la sorda aventura del contrabandista. Todas conocen la ruta del barril, el retozo de los niños, el rumbo del baile, el camino a Río Branco, el rebenque, el látigo o el garrote: la dicha y la angustia de su amo, en fin.

Hombres y mujeres parten el zoco en dos: tienen la plaza para sus carros y caballos; el mercado ambula pues ellos van por todos los rincones ofreciendo gallinas, queso, huevos, miel... En un idioma que entiende claramente el uruguayo o el brasileño cantan el precio en las dos monedas circulantes. La poderosa e inexorable lucha por la vida crea estas lenguas elementales que, el paso de los siglos les da imperativas transformaciones, hasta que alguna llega a la perfección científica. Chinos, caldeos, fenicios, griegos, latinos, van dejando en todos los puertos los vocablos más necesarios en sus luchas de comercio, mercando ambiciones y productos. Las palabras se mezclan, los números se hacen familia y surge un dialecto con sus propios valores. El hombre se entenderá algún día en un solo idioma. Mejor dicho: se comprenderá. Por que, entenderse, en la más elevada acepción del vocablo, va a ser difícil...

Bien. En Río Branco las gentes del zoco conocen el cambio del día, discuten dos centésimos o cien reis. Las maletas se deshinchan, las canastas se descargan. El sudor corre sobre una velada alegría. Y en el mismo idioma que alegaron y vendireon, comienzan, después, a alegar y comprar.

La Aduana les hace, en ésos días, una concesión. El espacioso Mauá los lleva al Brasil. Lo cruzan sin un deslumbramiento, indiferentes ante el soberbio espectáculo del sereno y dilatado río. Es que han salido de madrugada, han viajado, han traficado y tienen aún que traficar gritando y peleando un cruzeiro, volver, viajar, y llegar para comer y contar dinero... ¡Poco dinero, al fin!

Ahora le toca a Yaguarón algo del zoco. Sus comercios se vuelven ruidosos y pintorescos. En los almacenes el regateo rebota en los sacos de azúcar, en los cajones de porotos, o en las botellas de caña; y en las tiendas, entre un casco para el sol y la lluvia que compra el hombre, o un pedazo de tela colorida que lleva la niña, los ojos de la mujer brillan de vana codicia ante la seda fastuosa o el perfume de lujo...

Este amplio concierto tiene sus notas singulares junto a la libreta del quinielero o en las mesas donde rutilan los vasos con la cachaza grata y traicionera. Allá, quien apuesta, antes de hacerlo quiere meter los ojos en las horas próximas, arroja la sonda en su destino, se desprende casi dolorosamente del dinero que aventa al azar, guarda su boleta y con ella su esperanza. El sábado siguiente, cuando en la agencia le dicen que por una cifra más o una cifra menos no se le entrega la alegría que esperó siete días, todo él quiere volar para atrapar aquella cifra y transformarla. Aquí, junto a la mesa de las copas, la esperanza es más positiva, aunque más efímera. La caña levanta su llama y los hombres sueñan en voz alta. El tipo que ellos llevan escondido, el que cada uno quisiera encarnar, asoma brevemente en las miradas brillantes, en las bocas sonoras, para encuevarse otra vez como asustado por su propia audacia.

✦

Sí, el zoco...

Alguno de estos caballos, el que levanta a veces la cabeza, sacude la crin y para las orejas, piafando como otros en otros tiempos, nos trae la sensación de gloriosas cargas, de homéricas cruzadas, de extraordinarios romances; algunos de estos hombres, que aún llevan airosamente el leve ponchito o la bombacha talar, nos hace evocar los varones de lanza en ristre o pistola humeante. Pero... fugazmente, como aquel recuerdo del árabe y del camello legendarios.

Estos hombres y estos caballos a las 2 de la tarde ya se han ido. Río Branco queda silencioso y desolado. En cambio, en los ranchos habrá un poco de dicha, mientras se seca el sudor. Y... ¡aunque sea un poco! Nosotros pensamos que todo esto marca un proceso que hay que cumplir.

Es mejor cargar una maleta que esgrimir un facón. Los dos trabajos hacen sufrir. Pero vale mucho más la real y humana nobleza del primero, que la menguada y pasajera gloria del segundo.

José MONEGAL.

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs

